

Desde el légamo

Para Jesús Moreno Sanz, por supuesto

las hogueras de Itaca, oh pordiosero

Lezama, Dador

Últimamente ha ocurrido algo sorprendente (para mí) en mi obra literaria: las imágenes de las que se nutren mis ensayos preexisten en mi poesía. Desde los lejanos tiempos en que no publicaba poemas ya advertía algo inquietante en ellos. El ensayista o incluso la persona podía detentar desde su conciencia despierta una determinada concepción del mundo, pero cuando escribía poesía esta se situaba casi siempre en otro plano *anterior* o sencillamente diferente. Me explico: era una sorpresa para el ensayista el componente mítico e incluso religioso de su poesía, y cierto reverso oscuro que la acechaba siempre. El poeta se empeñaba en partir siempre desde una suerte de légamo reminiscente, ese territorio informe de la memoria creadora, ese venero sagrado, confundido, primordial, donde las imágenes parecen obedecer a otra lógica, otro conocimiento. Confieso que mi vocación hacia la poesía devino una fatalidad. El niño que hubiera querido ser astrónomo, el joven que una vez quiso dedicarse a la filosofía –deslumbrado por Nietzsche-, y el aprendiz de escritor (o mejor, el lector) que alguna vez deseó escribir novelas, miraba tan casualmente espantado el contexto en que se desenvolvía, que renunció a aquellas apetencias. Con el tiempo, ellas se fueron integrando a su poesía y también, en menor medida, a su ensayística. Porque confieso también que para mí el ensayo siempre ha sido un género de servicio. Por eso últimamente he desechado casi por completo el tan frecuentado ensayo académico para tratar de practicar uno más cercano a mi experiencia de lector y de poeta.

Mi poesía anticipa incluso mi presente condición de exiliado. Tanto invoqué desde ella al náufrago, al peregrino, la errancia, el desamparo, que la realidad pareció corresponder entonces con ese destino manifiesto, con ese anhelo secreto. “Del náufrago, la oscura sed”, escribí alguna vez en un poema. Y me siento de algún modo feliz de que así haya sucedido, y no porque atesore ahora una cuota mayor o menor de felicidad, sino porque se ha cumplido algo que debe tener un sentido. La intensidad de esa casi despiadada vivencia, el sentido oculto que secreta para mi vida, hacen del exilio o la diáspora una

fuelle inagotable de conocimiento, así sea por su extrañeza incesante. En última instancia, lo que me dio aquella isla y lo que me quitó, ya me lo dio o me lo quitó para toda la vida. Pero lo cierto es que, en los últimos años, mi vida allí se había convertido en un imposible existencial y ontológico. La vivencia cotidiana de una dictadura atroz – su refinamiento no la hace mejor que otras-, amenazaba con aniquilar toda plenitud vital, anhelo que siempre he tratado de situar por encima de la literatura. No creo haber padecido, al menos en exceso, de esa vanidad letrada tan común en mi medio intelectual. El amor, la amistad, la vivencia desinteresada del arte y de la belleza o la pasión por el conocimiento del Universo (y de las personas: ese vértigo ante el abismo, sobre el que escribiera Poe) han sido mis pasiones centrales. Tal vez nunca escribí una novela porque no me interesó *narrar* a partir de una realidad tan grosera, tan falsa, tan falta de sentido primordial o trascendente (mi *romance familiar*, fue atroz, debo convenir también). Siempre sentí en aquella realidad su condición de farsa teatral, de representación ideológica. Por eso me sentía en el fondo como un oscuro malhechor, una suerte de pecador sin culpa, un forastero, un náufrago, un desterrado. “El pecado sin culpa, eterna pena / que acompaña y desluce la amargura / de lo que cae, pero que nadie nombra”, dice Lezama al final de un soneto de “Invisible rumor”, algo así.

No obstante, hoy creo que ese imposible contextual ha favorecido mi destino. Ni como astrónomo ni como filósofo, acaso tampoco como novelista (no me interesan mucho las anécdotas, los argumentos, los diálogos en la literatura), hubiera podido realizarme vital e intelectualmente en un medio tan degradado, censura y autocensura mediante. El poeta, después de todo, siempre es un marginal desde la antigua condenación platónica. Pero hay una suerte de poeta filósofo, como lo llamó Santayana, o sencillamente ese poeta que piensa o ese pensador que siente y expresa sus preguntas, sus incertidumbres desde la poesía, a lo Antonio Machado, que creo que sí se aviene con mi temperamento y con la condición oculta, oscura, invisible, fantasmal que prevalece en contextos maniatados por el totalitarismo. Favorece, creo, una suerte de resistencia ética y espiritual. Aunque incrementa una enorme reserva vital para no se sabe qué. Las dictaduras son monótonas. Y uno siente con angustia que *la vida está en otra parte*. El *frío* que invoca Lorenzo García Vega en “El Santo del Padre Rector” encuentra su apoteosis en un contexto como el cubano. También su reverso, es cierto, el de los espejismos de la trascendencia, a los que también soy tan proclive. Acaso por eso esas dos actitudes cosmovisivas se han desarrollado tan fanática y, lo que es más importante, tan intensamente en la

literatura cubana desde el desamparo existencial, la locura incluso, el imposible poético –pues lo sufrió como pocos-, del Zequeira de “La ronda”. Toda la historia de Cuba se ha desenvuelto frente a un imposible político y ya casi ontológico. El holocausto aborigen de la conquista y colonización –por eso *Plácido* pudo intuir esa su compensación o justicia poética: “Hoy vagan como las hadas al resplandor de la luna”-; la sordidez de la Colonia, que tanto afectó la psiquis de Manzano, de Milanés, de Zenea, de Juana Borrero, de Casal, aunque también propició el destino solar más trágico de un cubano: José Martí; el vacío, la llamada frustración de la República, que tanto desveló a Villena, Tallet, Loveira, Poveda, Mañach, Guillén, y frente a la cual surgió el grupo Orígenes, y finalmente *esto* que hemos padecido con la revolución: la dictadura más larga del mundo occidental. De nuevo el imposible, la frustración, la diáspora, la corrupción moral, el absolutismo, el espejismo de la Historia, la idolización de una ideología pragmática y oportunista, el populismo de antigua estirpe fascista o comunista, las mediaciones externas del imperialismo y del comunismo, en fin, el horror de la Historia, esta vez con el agravante de una promesa utópica: *lo que pudo haber sido la Revolución cubana...* Porque ese ha sido sin duda el mayor horror: vivir sacrificialmente una utopía. Una suerte de Paraíso escamoteado. Por eso después de Orígenes sólo es posible Diáspora (s). El camino ciego: todo el eterno discurso de la cubanidad, de la identidad, de la “Teleología insular”, de “la nación que nos falta” desembocando en este espanto, acaso avizorado poéticamente en “La isla en peso” de Virgilio Piñera, el reverso del mito de “Noche insular, jardines invisibles” de Lezama, pero mito a la postre también. Somos los hijos sacrificados de una ensoñación mítica y utópica. Desde que Heredia constatará “Las bellezas del físico mundo, los horrores del mundo moral”, hasta los versos tan virgilianos de Guillén: “Mi patria es dulce por fuera, con su verde primavera, con su verde primavera, y un sol de hiel en el centro”, o acaso hasta el “barroco carcelario” del Lezama de *Fragmentos a su imán*, o hasta la luna tanática, final –suerte de Diosa Blanca-, de *Antes que anochezca* de Reinaldo Arenas, la Historia ha sido la obsesión y el desfiladero trágico de la literatura cubana. Claro que eso nos ha aportado una sospechosa y turbia singularidad y, sobre todo, nos ha dotado de una intensidad que ha devenido, en el reino de las transposiciones literarias, una extraña plenitud, un estado perenne de extrañeza. Por cierto, cuando se quiera constatar el *frío* de ese destino, las consecuencias del imposible, bastaría leer las páginas de un librito como *La luz del imposible*, de Cintio Vitier, para sopesarlo en profundidad. No es cuestión siquiera de

estar de acuerdo o no con sus ideas, sino de sentir la intensidad, la temperatura de una lucidez siempre en vilo.

Bastó con que se dejara a un lado la literatura utópica, la teatralización de las expectativas, el remedo insular del realismo socialista, para que a partir de finales de la década de los años ochenta la literatura cubana comenzara a acercarse a su verdadero infierno con una intensidad pasmosa. Bastaron la literatura *otra* de Diáspora(s), por un lado, y, concurrentemente, los poemas de Ramón Fernández Larrea, Antonio José Ponte, Emilio García Montiel, Alberto Rodríguez Tosca, entre muchos otros, para volver a situarnos en un punto ciego, en otra encrucijada, acaso un nuevo principio. Dos poetas suicidas, inmediatamente anteriores, Raúl Hernández Novás y Angel Escobar, habían llevado hasta sus últimas consecuencias y con una furiosa intensidad la enajenación que se derivaba de aquellos dos extremos a los que me refería antes, simbolizados por los poemas aludidos de Lezama y Piñera. Hay que decir que frente a esos dos extremos Diáspora (s) parece encarnar otra salida posible, anticipada acaso por las singulares aventuras intelectuales de un Severo Sarduy, un José Kozer y un Lorenzo García Vega. Otro caso, sin duda singular, fue el de Alejo Carpentier. Ninguna vivencia literaria tanto de una historia utópica como de una historia fáctica salvará a la literatura cubana. Frente a esos dos abismos o espejismos sólo cabe aquella actitud lezamiana cuando evocaba al *Perugino*: la creación de mundos imaginales, la fidelidad a una escritura, el eterno desnacer o volver a nacer, es lo mismo. De ahí que la obra literaria o ensayística de una Reina María Rodríguez, un Juan Carlos Flores, un Abilio Estévez, una Damaris Calderón, una Ena Lucía Portela, un Rolando Sánchez Mejías, un Antonio José Ponte, un Efraín Rodríguez, un Carlos Augusto Alfonso, un Pedro Marqués de Armas, un Víctor Fowler, una Margarita Mateo, un Ernesto Santana, un Ernesto Hernández Busto, una Alexandra Molina, un Iván de la Nuez, un Rafael Rojas, un Luis Manuel García, un Norge Espinosa, un Néstor Díaz de Villegas, entre otros muchos, encarnen una verdadera promesa de un futuro diferente para la expresión insular, que se sitúe más allá de esos dualismos que tanto han mediado y maniatado su expresión. Lo que pedía Lezama para la nueva novela en “Mann o el fin de la *grandeza*”: “Gérmenes, orígenes, plasmas nuevos tienen que ser descubiertos...” Mirar, sentir, percibir la realidad desde un légame reminiscente, diría yo. Porque de lo que se trata siempre es de ser capaz de revelar una percepción desconocida de la realidad: singularidad, intensidad, extrañeza. ¿Qué es lo que hace Martí en su *diario* si no ofrecer una nueva percepción de la realidad,

con un lenguaje diríase que protoplasmático? En fin, conocimiento de lo invisible, o percepción desconocida de lo conocido. No hay otro camino, o sí, aquellos ya conocidos y que nos han despeñado en esa eterna noria de la que hablara Boti en su estremecedor poema “El café”. Habrá que descender al reino terrible de la Medusa, a la sede de un sentir originario, donde palpitan las criaturas aún informes, como recreara María Zambrano en *Claros del bosque* o, en nuestro ámbito, Lezama en *Dador*...

En las últimas consideraciones no se me oculta la irrupción de dos temas muy queridos para mí: el del canon y el del pensamiento poético. Ambos profusamente frecuentados en mis ensayos. En el primero no voy a insistir, pues ya en dos ensayos, “Notas sobre el canon” y “Sobre el canon (*da capo*)”, digo lo esencial de mi visión. Sólo quisiera agregar una consideración general. Para mí el canon es un proceso abierto, nunca cerrado. Quienes tratan de ignorarlo, aduciendo que todo canon revela un pensamiento de derecha (o de izquierda), se sitúan de hecho fuera de la literatura (y de sí mismos). Porque el canon es el conocimiento, siempre relativo, pero imposible de eludir. Y es, en última instancia, universal. Las listas canónicas nacionales o regionales son simplemente consuelos aparentes. Pueden tener un valor pragmático y académico, no lo niego, pero para un creador sólo vale el canon universal. No hay jerarquías en el conocimiento de la realidad como no las debe haber en el reino de la ética. Como dice Cintio en *Poética*: “La poesía quiere extática penetrar”. Esa es la única consideración posible. Pero, además, el canon se revela muy saludable para realidades tan traumáticas como la cubana, tan demediada por discursos míticos y políticos, por devociones utópicas. Una percepción inteligente y creadora del canon nos salvaría tanto de los peligros de un aldeanismo nacionalista como de una desmesurada universalidad. Por eso los brillantes afanes de un Roberto Fernández Retamar, con *Caliban* –donde ensaya la propuesta de un canon de izquierda- y con su teoría de la literatura hispanoamericana – donde trata de construir una teoría válida para esa región o aldea mundial- son intentos suicidas, porque niegan el conocimiento o, al menos, lo despeñan furiosamente hacia un solo sentido. Ello no significa que no nos opongamos a la tiranía de posiciones eurocentristas, etc. Pero tiene que haber una percepción de alcance universal. Lo otro son las contaminaciones de discursos políticos, históricamente coyunturales (por muy devastadores que sean). Porque el cosmos es uno solo. Y no hay que caer de nuevo en la antigua disputa escolástica sobre los universales. Hay un solo Shakespeare, un solo Cervantes, un solo Dante, un solo Rimbaud, un solo Vallejo, un solo Lezama, un solo

Borges. Ellos son universales porque son a su vez inextricablemente singulares, y, como tan bien aduce Harold Blomm, inicialmente *extraños*. Sus nacionalidades, incluso sus lenguas, son lo de menos. Como hay un solo Einstein o un solo Hawking. Como diría Paz: “el resto es selva”. En cierto sentido, la nacionalidad es como un pecado aprendido, heredado; la especie humana, una fatalidad.

Con relación al pensamiento poético –el cual, al menos para mí, es sólo una manera de nombrar al conocimiento con que me es dable percibir la realidad- me atengo al descomunal espectáculo de dos de las aventuras cognitivas y creadoras más conmovedoras y desesperadas del siglo XX, las que encarnaron, cada uno a su modo, María Zambrano y José Lezama Lima. El afán por acceder a un saber unitivo de alcance cosmovisivo, rescatando todo lo dejado en la sombra por el imperialismo de la Razón, para posibilitar la creación de un verdadero humanismo. Volver a nacer, descender a los abismos, los profundos, salvar el mundo de lo sagrado, restituirle a la razón la vida sumergida, todo ello para vislumbrar al menos la posibilidad de que pueda haber un camino de salvación para la humanidad, me parecen suficientes argumentos para no desdeñar sin más lo que verdaderamente se esconde detrás de la frase, en cierto modo ambigua, de *pensamiento poético*. Pensamiento poético, esto es: una nueva percepción de la realidad. Por eso Lezama llegó a hablar simbólicamente de que se necesitarían “sentidos nuevos” para comprender la primordialidad de la resurrección. De ahí que ambos dejaran atrás los peligros de la utopía –por donde también transitaron- y finalmente se abocaran a un saber profético. Un próximo libro de mi amigo Jesús Moreno Sanz, *Imán irradiante*, a propósito de María Zambrano y su libro *El hombre y lo divino*, y, como no podía ser de otro modo, también a propósito del pensamiento poético cubano y, muy especialmente, de José Lezama Lima, clarificará muchos de los equívocos que prevalecen en torno al pensamiento llamado poético. Una muestra de mis desvelos al respecto puede apreciarse en mis ensayos “Notas ingenuas sobre la censura” (se titulaba inicial y significativamente “Notas perdidas”), y, más particularmente, en el ensayo “*El alma se da en la sombra. La Cuba secreta o la revelación de lo sagrado*”, con relación a María Zambrano y al *etrusco de La Habana Vieja*.

Casi todos los ensayos que conforman este libro –revisados y en muchos casos ampliados para esta edición- han sido cometidos en mi exilio madrileño (frente al *logos del Manzanares*, donde viví a mi llegada de La Habana), acaso con la esperanza o el

delirio orteguiano de que algunos de estos textos puedan transmitir, como ese “humilde río que atraviesa Madrid, alguna gota de espiritualidad”, y, ojalá, una apertura hacia una diferente percepción de la realidad (de Cuba, claro, qué tedio esta monserga de la identidad). Aunque acaso el único sentido de un libro de ensayos sea practicar en silencio el arte de la conversación. Conversar con los muertos pasados y futuros. Conversaciones fantasmales, retazos, ruinas, rescoldos de un diálogo antiguo o futuro. Podría haber incluido otros textos escritos en Cuba y no publicados en libro hasta la fecha, pero preferí ofrecer el saldo de mis nuevas percepciones, cierta atmósfera de extrañeza, aquella que se desprende de la mirada del que se va... Incluso un texto como “Notas ingenuas sobre la censura”, fue escrito –como creo que ninguno antes o después– como un poema, es decir, sin ningún condicionamiento exterior, y en vísperas de mi partida, como un suerte de despedida. Por ello hago una excepción y lo incluyo aquí. Otros dos fueron también escritos en Cuba. Uno, el más antiguo, en 1996, “Sobre *Encuentro sin fin*”, extraordinario libro de Jesús Moreno Sanz, que no ha tenido la fortuna crítica que se merece. Verdadero ejemplo de crítica de participación. El otro, “Notas sobre el canon”, es en realidad una conferencia que leí en *La Torre de Letras* de Reina María Rodríguez, en mis postrimerías insulares, pero que se publicó, para mi sorpresa, ya estando yo en España y que republicué aquí en otra revista. Es que, en última instancia, no hay un *antes* y un *después* (sólo hay vísperas y ruinas). O sí: un *antes* rebotante de sentido trágico y un *después* fantasmal. Desde el pasado añoraba este futuro, y ahora, ya en el futuro, el pasado –todo el relato– parece, por fin, la única historia primordial, pero que ya existe sólo como memoria, como conocimiento. El Paraíso –como la belleza, el amor o la muerte– escapa siempre, no se puede poseer.

El lector notará cómo muy frecuentemente privilegio a la generación de los ochenta y los noventa. A pesar de pertenecer por fecha de nacimiento (1956) y por formación a la generación anterior, publiqué tanto mi poesía como mis libros de ensayos a partir de 1990. Nunca me reconocí en la precaria cosmovisión de mi generación. Repárese en que ella irrumpe en la escena literaria en la ominosa década de los setenta. Aunque escribía poesía desde el final de esa década, me abstuve de intentar publicarla. A principios de los ochenta la publicación de la poesía de Raúl Hernández Novás –a su vez escrita desde finales de la década del sesenta y principios de los setenta, al menos *Enigma de las aguas* y *Da capo*– fueron un poderoso estímulo para mí, por las afinidades que notaba con ella, a pesar de que aún por entonces no nos conocíamos personalmente. Pero el

momento que marcó más mi vida literaria fue el lanzamiento de la antología *Doce poetas a las puertas de la ciudad* (1992), hecho por Antón Arrufat. Por fin encontraba un grupo afín de poetas. Y como todo poeta precisa de un nacimiento, ese fue, al menos simbólica, contextual y secretamente, el mío. Claro que en mis valoraciones trato de reflejar un juicio de valor, pero no puedo negar esa filiación de índole cosmovisiva. En cierto modo, otros poetas de mi generación, como Reina María Rodríguez, Angel Escobar, Soleida Ríos, Jorge Iglesias, Luis Lorente y Efraín Rodríguez, también se trasvasaron hacia esta nueva poesía. Por eso agradecí tanto la dedicatoria que me hizo muy recientemente en su antología *Memorias de la clase muerta. Poesía cubana 1988-2001* (2002), Carlos A. Aguilera, cuando me escribió: “A Jorge Luis Arcos, que de alguna manera también pertenece a la clase muerta”.

Estos textos –aunque algunos con necesarias aperturas hacia la política, algunas inevitablemente confesionales o catárticas- continúan en cierto modo mis preocupaciones y gustos de siempre: el grupo Orígenes, María Zambrano, el pensamiento poético, la poesía y los poetas (cubanos, en este caso). Resulta baladí tratar de ser original: “Variando siempre las antiguas palabras”, escribió Kavafis. Estamos de cierta forma presos dentro de una fisonomía espiritual. A la postre todo son énfasis, reiteraciones, variaciones, monotonías... El niño que fui, el adolescente agónico, y el expulsado (del Paraíso, por supuesto, no de Cuba). Las variaciones las ofrece la merma de la vitalidad, la pérdida de la inocencia (eso es el conocimiento ¿no?), en fin, la inexorable ley de la entropía. Pero más allá o más acá de esta melancólica certidumbre de la caducidad (*toda crítica es melancólica*, me gustaba decir para provocar), hay una marca, un estigma que nos acompaña siempre: restos o ansias de Paraíso -es lo mismo, quizás.

Podría ahora volver a insistir en una sentencia del monje Hugo de Saint Víctor: “Quien encuentre dulce a su patria, es todavía un tierno aprendiz. Quien encuentre que todo suelo es como el nativo, es ya fuerte. Pero perfecto es aquel para quien el mundo entero es un lugar extraño”. Pero no voy a caer en el turbio espejismo de invocar aquí mi plenitud presente, al constatar un margen mayor de libertad. Ese margen existe, sin duda, pero ¿cuál es su precio? Por esas extrañas casualidades de la vida, cuando en 1980 me recliné en mi casa a escribir mi tesis de grado sobre la poesía neoclásica de Andrés Bello, Cuba vivió una de sus historias más trágicas: el éxodo del Mariel, los mítines de repudio

de corte fascistas, la purga universitaria (*proceso de profundización de la conciencia comunista*, se le llamó a *eso*, suerte de auto humillaciones de corte chino). Esa fue mi definitiva experiencia generacional. Yo miraba espantado lo que sucedía afuera y leía las cifras en el periódico de los que abandonaban el país día tras día mientras escribía un capítulo sobre la poesía del destierro en Andrés Bello. Qué extraño es todo siempre, *Jacinta*, ¿no es verdad?, diría Moreno Villa. Entonces algo amargo, viscoso, se adueñó para siempre de mi visión de la realidad cubana, como una mancha que no podía ser borrada. Y me repetía la cita que precede el cuento de Poe, “William Wilson”: “Qué decir de ella, de la torva conciencia, de ese espectro en mi camino”. Recuerdo un poema casi desconocido de aquel olvidado poeta neoclásico, pero que fue, sin duda, hasta Martí, uno de los mayores desterrados hispanoamericanos. Un poema que me quería transmitir una simple pero avasalladora sabiduría pero que yo no acertaba entonces a comprender del todo. Quiero concluir este desvaído prefacio, recordándolo, como una manera simbólica y carnal de regresar al mismo punto ciego, la eterna encrucijada:

*No para mí, del arrugado invierno,
Rompiendo el duro cetro, vuelve mayo
La luz al cielo, a su verdor la tierra.
No el blando vientecillo sopla amores
Ni al rojo despuntar de la mañana
Se llena de armonía el bosque verde.
Que quien el patrio nido y los amores
De su niñez dejó, todo es invierno.*

Jorge Luis Arcos
Madrid, setiembre, 2006